

El Camino de Las Papas. Auge y declive en el periodo de la monarquía hispánica*

Camino de las Papas: Rise and Decline in the Period of the Hispanic Monarchy

O caminho de Las Papas. Ascensão e declínio no período da monarquia hispânica

[Artículos]

José William Andrade Rodríguez**

Recibido: 16 de noviembre del 2021

Aprobado: 16 de diciembre del 2021

Citar como:

Andrade, J. (2022). El Camino de Las Papas. Auge y declive en el periodo de la monarquía hispánica. *Análisis*, 54(101).

<https://doi.org/10.15332/21459169.6617>



Resumen

El presente artículo corresponde a la primera parte de una investigación en torno al cruce de la cordillera central por el Páramo de Las Papas. Este es un camino que cruza una de las zonas hídricas y biodiversas más ricas del país y del mundo: el Macizo colombiano. Esta ruta de plantas, animales y hombres ha estado presente a lo largo de la historia humana, gracias a que su topografía la ha construido de forma natural y a que es usada y modificada constantemente por los transeúntes de turno. Así, este trabajo cuenta solo una pequeña parte, un pequeño fragmento, de aquella historia milenaria: la del tiempo de la monarquía hispánica. La brevedad del texto obedece a los límites del artículo, lo que le permite ser una provocación para los que quieran aventurarse a estudiarlo con más profundidad.

Palabras clave: Páramo de Las Papas, San Agustín, camino colonial, Huila.

* Artículo de investigación científica.

** Lic. En Filosofía, teólogo, magíster en Teología y magíster en Educación por la Pontificia Universidad Javeriana. Correo electrónico: andradej@javeriana.edu.co; ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8463-434X>; CP. 414029

Abstract

This article is the first part of a research about the crossing of the central mountain range through the Páramo de las Papas. This is a road that crosses one of the richest hydric and biodiverse areas in the country and in the world: the Colombian massif. This route of plants, animals and men has been present throughout human history because its topography has built it naturally and because it is constantly used and modified by passers-by. Thus, this work tells only a small part, a small fragment, of an ancient history: that of the time of the Hispanic monarchy. The text is brief due to the limits of the article, which allows it to be a provocation for those who want to venture into studying it in more depth.

Keywords: Páramo de las Papas, San Agustín, Colonial road, Huila.

Resumo

Este artigo corresponde à primeira parte de uma pesquisa sobre a travessia da Cordilheira Central pelo Páramo de Las Papas. Esta é uma estrada que atravessa uma das áreas hídricas e biodiversas mais ricas do país e do mundo: o Maciço colombiano. Essa rota, de plantas, animais e homens, esteve presente ao longo da história humana, graças ao fato de a sua topografia ter sido construída de forma natural e a que é usada e modificada constantemente por caminhantes. É assim que este artigo conta apenas uma pequena parte, um pequeno fragmento, dessa história antiga: a do tempo da monarquia hispânica. A brevidade do texto obedece aos limites do artigo, o que permite que seja uma provocação para quem quiser se aventurar a estudar a temática mais profundamente.

Palavras-chave: Páramo de Las Papas, San Agustín, estrada colonial, Huila.

Introducción

Algunos caminos no fueron hechos por los hombres, sino puestos por la naturaleza y la topografía al servicio de la vida. Así puede entenderse el origen de uno de los caminos más antiguos del continente, aquel a través del Páramo de Las Papas. Geográficamente, el macizo colombiano —lugar donde se encuentra este Páramo— es una estrella de caminos que conecta regiones naturales distintas. Al ver el mapa de Colombia en sentido norte-sur, hacia la parte oriental se extiende la selva que abarca lo que hoy corresponde a Caquetá, Putumayo y Amazonas; y hacia la parte occidental se extiende la región pacífica, que abarca, a su turno, el Valle del Cauca (con su correspondiente costa en el océano pacífico). De igual forma, el macizo conecta el valle del río Magdalena, en el departamento del Huila, con la región andina, que corresponde a los actuales departamentos de Cauca y Nariño. En este punto geográfico nacen los ríos más importantes de Colombia: el

Caquetá, el Magdalena y el Cauca. Dada su particularidad geográfica, no es descabellado pensar que tanto personas como animales y especies de plantas pasaron por aquí desde los comienzos del continente, o que establecieron dinámicas de comunicación o de separación según los cambios en la geografía (Romoli, 1962).

Algunos vestigios indígenas, como la estatuaria de San Agustín, nos hablan de un posible intercambio comercial que llegaba hasta las costas del océano Pacífico, pues, como muestran sus representaciones, sus habitantes tenían conocimiento de algunos caracoles gigantes¹. De hecho, según los estudios realizados, antes del llenado del embalse del Quimbo se encontraron rastros de caracoles marinos del periodo Precerámico hasta el periodo reciente y “conchas marinas en el Alto Magdalena procedentes de la costa pacífica” (Rodríguez, 2018, p. 78). Este hecho no debe resultar raro si consideramos el comercio de moluscos como el *Spondylus* y el interés por los mismos en los pueblos andinos —algunos cercanos geográficamente al Alto Magdalena— que se encuentran en el Camino de Las Papas, como lo demuestran los hallazgos arqueológicos de La Cruz, en el departamento de Nariño².

Si aceptamos la evidencia de este comercio de objetos, debemos aceptar también que, a la par del comercio, se dieron la comunicación y el intercambio cultural, y que dicho intercambio pasó por diversas fases relacionadas con el desarrollo y declive de ciertas culturas, como la de San Agustín. Además, que al ser el Camino de Las Papas un puente natural entre regiones, pudo ser una vía para el intercambio de personas y el poblamiento temprano de América. Sin embargo, a pesar de lo interesante de esta parte de la historia, no hay suficiente documentación o estudios que la respalden, lo cual es lamentable y merece investigación. Así, los pocos datos disponibles que el presente artículo aborda abarcan la historia reciente del camino, desde la llegada de los europeos al sur de Colombia por el norte, siguiendo el nacimiento del río Magdalena y, por el sur, con la llegada de Sebastián de Belalcázar. Esto, sin perder de vista que dicho camino ya llevaba siglos de uso cuando llegaron los españoles.

¹ Similares a los que en la época hispánica menciona don Juan de Castellanos (1847), que los indígenas de la zona usaban para llamar a la guerra.

² Puede verse el trabajo de arqueología realizado en la vereda Tajumbina, municipio de La Cruz, Nariño.

Metodología

Buscando escapar al instante y a la inmediatez de los acontecimientos ocurridos alrededor de una estructura que ha sido muy estable en el tiempo, como lo es el Camino de Las Papas, la metodología que siguió la investigación es la historia de larga duración. Teniendo como punto de enganche el camino, se ha buscado dar una mirada amplia y larga a la historia del mismo, más que a cada suceso por separado. Cabe resaltar que este artículo, por cuestiones de extensión, presenta solo un fragmento de la investigación: la correspondiente a la época de la monarquía española, cuando el camino empieza a ser útil para comerciar entre Quito, la Gobernación de Popayán y el Nuevo Reino de Granada. No se logra presentar aquí sino una síntesis de dos siglos y queda para una segunda publicación el periodo que va desde 1752 hasta la actualidad.

De Quito a Santafé

La primera entrada que hicieron los españoles en el siglo XVI al territorio americano fue por las costas y los ríos, y, luego, por las montañas. Tal vez por no dominar la selva, el río era un lugar mucho más seguro para los recién llegados, quienes habían tenido que navegar durante meses para poder arribar a estas nuevas tierras. Desde el norte, siguieron por los ríos Magdalena y Santa Marta (luego llamado Cauca), para empezar a explorar sus riveras. Con la idea de explorar, y motivados por la búsqueda de gloria y de riquezas, los españoles iniciaron la navegación del río Magdalena, en dirección a su nacimiento, desde 1531 (De Alcedo, 1788)³. Al poco tiempo lograron darse cuenta de su ubicación estratégica y de que el río por el cual habían llegado nacía en el “Páramo de las *Papallatas*” (Simón, 1892, p. 291). La ruta seguida desde el norte fue una ruta híbrida, que tomó el curso del río Magdalena para remontarse luego a lo alto de la cordillera, desde donde se podía seguir con rumbo hacia Quito y el sur del continente⁴.

Según la información disponible sobre el acceso de los españoles a estas tierras, desde el sur tenemos que Sebastián de Belalcázar y su ejército permanecieron entre 1536 y 1537 en la parte occidental de la cordillera central, adelantando labores de reconocimiento e intentando obtener información sobre el territorio. En

³ Según el Diccionario geográfico de las Indias Occidentales, el primer europeo que llegó al nacimiento del río Magdalena fue García de Lerma, en 1531.

⁴ El otro camino existente pasaba por el istmo de Panamá para, luego, bajando en barco, bordear la costa Pacífica hasta el destino respectivo.

ese tiempo, en que se dio la fundación de Cali y Popayán, tuvo noticias de la región de Timaná, pero no cruzó por el Páramo de Las Papas (Romoli, 1962), ya que la finalidad de su viaje era llegar al mar, por el norte. Ese itinerario se vería truncado por las noticias de las riquezas de la sábana de Bogotá (De Castellanos, 1847). Para fray Pedro Simón (1892) y Don Lucas Fernández de Piedrahita (1688), el paso de Belalcázar se hizo por la tierra de los pijaos, al no poderlo hacer por el territorio de los páez, según lo había intentado un año antes. Al llegar al valle de Neiva, Belalcázar hizo devolver a Pedro de Añasco y a Juan de Ampudia para que Añasco fundara una villa en la tierra de los timanaes, y Ampudia se quedara en Popayán (Simón, 1892). Añasco cumplió las órdenes dadas y fundó Timaná, el 18 de diciembre de 1538 (Fernández de Piedrahita, 1688). Fue en ese momento cuando se abrió aquel camino entre Timaná y Popayán que algunos acreditan a Juan de Ampudia (Repizo Cabrera, 1977), vía que sería la primera estable entre la Gobernación de Popayán y la del Nuevo Reino. Aunque resultaba incómoda para los pueblos al norte de Popayán, prontamente se vio muy transitada por los comerciantes de ambas partes, como lo dice don Lucas Fernández de Piedrahita (1968):

[...] y como ya estaba abierto el camino de las Provincias Equinocciales al Nuevo Reino de Granada, beneficio que se debió a la actividad del Adelantado Belalcázar, era tan grande la fama que corría de las riquezas de Bogotá, y tesoros que le quitaron al Tunja, que todos los conquistadores de Popayán, y del Reyno de Quito trataban de transportar a él las mercaderías y ganados con que se hallaban, soñándose poderosos con los intereses del cambio. (p. 303)

Queriéndose buscar una ruta más directa a Santafé, se quiso abrir otro camino más al norte, pero la violencia de los pijaos hizo inviable dicha opción. Según fray Pedro de Aguado (1906), el camino que atravesaba por Neiva y Timaná era muy largo y peligroso, pero le resultaba preferible a tener que verse expuesto al pillaje de los pijaos por intentar atravesar la cordillera más al norte:

Había entre la ciudad de Tocaima del Nuevo Reino y la Villa de Cartago de la Gobernación de Popayán ciertas poblaciones y vallas de indios muy belicosos y guerreros que impedían el atravesar y pasar de un pueblo a otro y de una Gobernación a otra por breve camino, y causaban que los viandantes y la comunicación y comercio de estas dos Gobernaciones fuesen por caminos muy largos y ásperos y malos, llevando la derrota por los pueblos de Neiva y Timaná por donde se pasaba un muy largo y despoblado páramo, y tan frío y perjudicial, que en él se helaban y perecían muchas personas de las que habían de andar esta jornada; y además de esto y la aspereza y la maleza de este camino, se hacía un

grande rodeo de muchas leguas que doblaba el trabajo a los que lo caminaban su grande longura, y porque para remediar y atajar todos estos inconvenientes no había otro medio alguno, salvo pacificar y allanar los naturales de los Valles de las Lanzas y de Choa. (p. 332)

Aunque la cita de fray Pedro de Aguado no es muy clara sobre a qué camino se refiere, es verdad que el camino abierto por Ampudia “doblaba” el camino en ambas direcciones. Así, ante la imposibilidad de un camino más al norte que facilitara ir primero a Popayán y luego a Santafé, sin tener que devolverse, los comerciantes que venían de Quito debieron buscar una mejor ruta para ir directamente al Nuevo Reino, sin tener que ir primero a Popayán. Entonces, esa nueva opción fue un camino más al sur que ya existía, el Camino de Las Papas.

A favor de este camino jugó la fundación de Almaguer, en 1551 (Simón, 1892), y el descubrimiento y establecimiento de minas de oro en esa región. Como es normal que la fama de riqueza atraiga a muchas personas, tanto comerciantes como trabajadores, se puede fechar el inicio de un periodo de alto tráfico y actividad por ese mismo año. También es posible pensar que por este camino se condujera a los indígenas del Alto Magdalena hacia las minas y que floreciera alguna actividad económica en el lado oriental del mismo. De hecho, en ese periodo existió un pequeño caserío llamado La Culata, cerca del río Mulales, y en Timaná se empezaron a preparar conservas y productos que se vendían en Almaguer (Tovar Pinzón, 1993). Como sucede siempre, en un sitio de explotación minera escasea la producción de alimentos, más aún cuando la cantidad de gente por alimentar es considerable.

Otro factor que ayudó a impulsar el tráfico por el Camino de Las Papas fue su situación geográfica, pues estaba más cerca a Santafé desde Quito que cualquier otro camino que pudiera ir por Popayán. Luego de pasar Pasto, se debía seguir por el pueblo de La Cruz, después por Almaguer, el Páramo de Las Papas, y continuar por el curso del río Magdalena hasta Timaná y Neiva. Los españoles que querían transitar de un reino a otro sin tener que dar tanto rodeo encontraban aquí una ruta rápida.

No obstante, a pesar de lo directo, el camino —como se conserva al día de hoy— no es apto para el traslado de mercancías por su estrechez, fangosidad y topografía, contando con abismos y precipitaciones pluviales muy altas. Este es un punto por considerar a la hora de evaluar el uso que tuvo y el tiempo que duró en actividad durante la Conquista. Dichas condiciones hicieron que la proximidad física entre Quito y la capital del Nuevo Reino dejara de ser atractiva para los

transeúntes, más aún cuando Popayán empezó a adquirir relevancia, tanto civil como eclesiástica, y a ser más rentable para los comerciantes quiteños, que ya no debían ir hasta Santafé en busca de riquezas, sino que podían encontrarlas allí de manera más fácil. Otro elemento que hizo más atractivo el camino de Quito a Popayán y que desestimuló el tráfico por Las Papas fueron las características del trayecto entre Almaguer y Timaná: largo y desolado. Solo hasta mediados del siglo XVIII se pobló este tramo.

En la segunda mitad del siglo XVI, el territorio del Alto Magdalena se vio amenazado por una caída demográfica, ocasionada por la conquista española, es decir, por la lucha de los indígenas que se oponían a la presencia de los españoles en la zona, mitificada en la gran epopeya de La Gaitana. Producto de la conquista, la población indígena quedó diezmada, y los europeos estaban débiles para fundar pueblos. Los únicos que se lograron asentar —aunque duraron casi nada en sus emplazamientos iniciales— fueron Timaná, San Sebastián de La Plata y La Culata. Con la destrucción de Timaná en 1538 (Simón, 1892), el poblado se trasladó más al norte, y la distancia con Almaguer se amplió; lo mismo pasó con San Sebastián de La Plata, que fue trasladado después de 1577 también al norte (Restrepo, 1888), y La Culata, que se encontraba entre Timaná y Almaguer, aunque para 1605 ya estaba despoblada (Discrepçion y mapa del territorio que ocupan los indios pijaos, MP-Panama, 26). Así, se empezó a ensayar una ruta distinta, cerca al nuevo emplazamiento de San Sebastián de La Plata, por el cañón del río Páez y el Páramo de Guanacas.

Un camino seguro hacia el sur

Entrado el siglo XVII, los españoles ya habían ensayado tres vías para cruzar la cordillera central: (1) el paso que había usado Belalcázar, por la tierra de los pijaos; (2) el camino abierto por Ampudia, entre Timaná y Popayán, modificado por la destrucción de Timaná; y (3) el camino por el Páramo de Las Papas. Ahora la nueva opción era un camino entre Neiva y Popayán, pasando por el nuevo asentamiento de San Sebastián de La Plata, llamado el Páramo de Guanacas o Camino de Guanacas. El nombre, al igual que el del Camino de Las Papas, correspondía al punto de paso sobre la cordillera central, lo que da cuenta de la importancia de estos tramos para la conexión entre reinos. Ahora bien, alrededor del nuevo camino de Guanacas, a diferencia del tramo entre Timaná y Almaguer, se fundaron e intentaron fundar varios pueblos, pero debido a los constantes ataques de los indígenas, principalmente pijaos y paeces, se despoblaron. Así, producto del miedo generado por la destrucción de San Sebastián de La Plata

(Velasco, 1941) y de otros pueblos como San Vicente de Páez, “la villa de Neiva, la de los ángeles, y Villavieja y otras” (Simón, 1892, p. 228)⁵, muy pocos viajeros se aventuraban a transitar el camino nuevo y siguieron usando el Camino de Las Papas como ruta principal, por lo menos hasta 1608 (Discrepción y mapa del territorio que ocupan los indios pijaos, MP-Panama, 26).

Los protagonistas de los ataques a los pueblos del centro oriente de la cordillera central eran los pijaos. Con la reducción de la población nativa en la provincia Timaná, y como una manera de recuperar el terreno ganado por los españoles con la destrucción de sus pueblos, los pijaos —a veces en alianza con los paeces— venían apareciendo en escena desde la segunda mitad del siglo XVI. Se empezaron a mover desde el norte, asaltando e intimidando a los viajeros que cruzaban entre el Nuevo Reino y la Gobernación de Popayán (Rodríguez, 1979), no solo impidiendo el paso por sus tierras —más tarde camino del Ruíz—, sino también creando inseguridad en los caminos por el sur. Para enfrentar esta inseguridad de los caminos hacia Perú, en 1605, llegó como presidente de la Real Audiencia don Juan de Borja, cuya misión específica era pacificar dichas rutas. Según Rodríguez Freyle (1979): “escogiólo el Rey soldado y no letrado, si bien estudiante, discreto y de sana intención, para que pacificase los indios pijaos y allanase los dos caminos del Pirú, que los ocupaban con sus salteamientos, como queda dicho” (p. 293). Por la fecha en la que Rodríguez Freyle escribió estas líneas, 1636-1638, es claro que se habla de dos caminos establecidos hacia Perú⁶, pero en el año de la llegada de don Juan de Borja, el camino de Guanacas, cerca al lugar actual de San Sebastián de la Plata, era solo una trocha por la que apenas unos cuantos se habían aventurado a transitar.

De este periodo de transición, en el que se sigue usando el Camino de Las Papas y empieza a nacer el camino por el Páramo de Guanacas, en las primeras décadas del siglo XVII, tenemos algunas referencias. La primera de estas es la del viaje que realizó desde Quito hacia Santafé el presbítero Diego Torres, en 1605. Dice Juan Manuel Pacheco (1959) que “en el malísimo camino de Almaguer a Timaná, por el terrible Páramo de Guanacas⁷ tardaron veinte días, y perdieron seis o siete cabalgaduras” (p. 105). Un año después de este viaje, el también jesuita padre

⁵ Neiva, en 1569; San Vicente de Páez, en 1572; y Los Ángeles, antes de 1580.

⁶ No se tiene en cuenta el camino de Ampudia, que era un camino interno de la Gobernación de Popayán. Aunque conectaba a Timaná con Popayán, cruzando la cordillera central, no era práctico para ir desde Quito hacia Santafé.

⁷ Es pertinente aclarar que la cima de la cordillera central, desde el Caquetá hasta Tierradentro (Cauca), era conocida como Páramo de Guanacas. Así se puede juzgar por la continuación del texto: “Diez días se demoraron en Timaná, los que emplearon en dar una misión”.

Gonzalo de Lira emprendió un recorrido por los territorios de Quito, Nuevo Reino y Panamá, entre 1606 y 1608 (Velasco, 1941), dejando ver que el camino entre el nuevo poblado de San Sebastián de La Plata y Popayán no se encontraba hecho como tal, aun cuando algunos ya intentaban pasar por allí, como lo hizo el mismo Gonzalo de Lira:

Para pasar del [Reino] de Quito al de Nueva Granada, se atravesaba entonces, La Gran Cordillera occidental de los Andes, antes de los dos grados de altura, desde el pueblo de la Cruz, cerca de Almaguer, hasta la ciudad de Leiva. Era rarísimo el que podía atravesarla, solo a pie, en mayor altura, según se puso en práctica después de muchos años; porque ocupaban toda aquella parte de la Cordillera, las dos bárbaras naciones de Paes y Guanacas; de la cuales era casi nada lo que habían podido conquistar los españoles. (Velasco, 1941, p. 146)

Por encontrarse el padre Lira en Popayán, debiendo haber hecho su paso por la cordillera hasta La Plata, fue testigo de primera mano de la necesidad de tener un camino más directo entre Popayán y Santafé: “éste fue el motivo por [el] que, algunos años después, se entablaron aquí las primeras Misiones de Bárbaros del Gobierno de Popayán” (Velasco, 1941, p. 147). Además, al tener casas tan distantes y ser una sola provincia religiosa, el Nuevo Reino y Quito, los jesuitas se interesaron en establecer una misión con los guanacas y los paeces. Pero este sueño no se materializó sino hasta la década de los veinte del siglo XVII, gracias a que la guerra con los Pijaos había logrado pactar una alianza con los paeces. Así, las misiones ayudaron a establecer un tránsito más estable por esta zona.

Aplacados hasta cierto punto los paeces, el camino por el hoy Páramo de Guanacas, aunque acortaba el tiempo de viaje desde Neiva hacia Popayán, era muy peligroso por sus condiciones topográficas; muchos viajeros y animales encontraron la muerte en estos parajes. Según fray Juan de Santa Gertrudis (1970), “su rigidez se conoce en que desde Guanacas hasta Hierbas Buenas no se andan diez pasos en que no se encuentra mula muerta[; y] no son solas las mulas las que allí mueren sino también la gente, y este es el páramo del cual vulgarmente se dice que allí muere la gente riendo” (p. 123). No obstante lo difícil del trayecto y los sucesos acontecidos con los paeces años atrás, el Camino de Guanacas se convirtió en el camino habitual desde Neiva hacia Popayán, pues el flujo de pasajeros no era aún el suficiente para tener dos caminos. Es complejo determinar cuándo empezó a descender el tránsito por Las Papas, pero el nuevo emplazamiento de San Sebastián de La Plata, las misiones jesuitas de Tierradentro y la fundación del pueblo de Guanacas contribuyeron a que el camino por Guanacas, más directo entre Santafé y Popayán, fuera ganando poco a poco

relevancia. El éxito de don Juan de Borja contra los pijaos, aliados de los paeces (Rodríguez Freyle, 1979), también tuvo un notable influjo en esto. Según fray Pedro Simón (1892),

Uno de los efectos de mayor substancia que ha surtido la guerra, pasificación y castigo de los indios pijaos, hecha por Don Juan de Borja, Presidente de la Real Audiencia y Capitán General de este Nuevo Reino, después de haberse excusado grandes robos, salteamientos de caminos, muertes, incendio de pueblos enteros, ha sido haber dejado aquellas anchísimas provincias vacías y desocupadas de aquellos salvajes tan carniceros y enemigo de españoles. (p. 276)

Don Juan de Borja consiguió que el enemigo principal, por el que los españoles no habían hecho un camino más al norte, desapareciera. Sus antiguas provincias quedaron vacías y, los caminos, pacificados.

A la muerte de don Juan de Borja, en 1628, ya estaba “acabada la guerra de los pijaos, seguros aquellos caminos (como lo están el día de hoy)” (Rodríguez Freyle, 1979, p. 316), por lo que el tránsito por aquellos caminos no representaba más peligros que los de la topografía. Además, el camino por Guanacas ya había encontrado un rango de ruta transitable y habitual, a la par con la de Las Papas, por lo que entre 1636 y 1638 Juan Rodríguez Freyle (1979) mencionó en *El carnero* la existencia de dos rutas de comunicación con el sur:

Dos caminos hay por donde este Reino tiene su trato y comercio con el del Pirú y gobernación de Popayán. El uno que va por la misma gobernación, y el otro que va por el valle de Neiva, y este es el más breve. Por el de la gobernación se pasan y atraviesan el Río Grande de La Magdalena y el río del Cauca. Yendo por el valle de Neiva se descabezan estos dos ríos por sus nacimientos, porque nacen de una misma cordillera, y esta corre del sur al norte. (p. 285)

La información suministrada en *El carnero* da a entender que el Camino de Las Papas siguió siendo transitado por las personas que, camino hacia Perú, no tenían necesidad de pasar por Popayán y evitaban así el paso por el camino de Guanacas, para acortar el tiempo de viaje hasta el sur. Frente a estos sucesos, Rodríguez Freyle (1979) es un testigo de primera mano: “no me haga cargo el lector de que me detengo en estas relaciones porque le respondo: que gasté los años de mi mocedad por esta tierra, siguiendo la guerra con algunos capitanes timaneses” (p. 289). Además, es posible pensar que el camino siguió siendo utilizado por las personas que vivían en las zonas cercanas de Almaguer y Timaná.

Con los caminos pacificados, resulta claro que, a mediados de siglo XVII, el camino habitual de Neiva a Popayán era por Guanacas. En 1685, el jesuita alemán Enrique Richter narró su paso por allí, en una carta escrita en Popayán el 16 de junio (Del Rey Fajardo, 1974). El comentario sobre la Ciudad de La Plata, a la que llama “nido de gatos”, nos da una idea del incipiente estado del nuevo sitio, y su descripción del páramo coincide casi que completamente con la de fray Juan de Santa Gertrudis unos cincuenta años después: “el 23 de mayo llegamos a la cumbre del monte Guanaca, quedándonos todavía por pasar el páramo o monte más inhóspito donde encontramos por todas partes hombres y burros muertos, de estos últimos contamos hasta ciento cincuenta en el mismo lugar, muertos de frío” (Bravo et ál., 2007, p. 49). Lo interesante del relato de Richter es que su destino era Quito, pero hizo su viaje por Guanacas para pasar por la ciudad de Popayán. Esta historia demostró que la extensión del trayecto en el camino de Guanacas estuvo por encima de las dificultades de la topografía y los peligros del clima.

San Agustín de los paeces

Un hito importante para la historia del Camino por el Páramo de Las Papas es la fundación de San Agustín como un lugar de abastecimiento en medio de la ruta. Al respecto, hay que mencionar que antes de que se fundara de manera definitiva en 1790, San Agustín ya había sido fundado, al parecer, tres veces: la primera, antes de 1600, con el nombre de La Culata; la segunda, después de 1608; y la tercera, entre 1752 y 1753 (Archivo General de la Nación, 1752)⁸. Sobre la primera fundación, tenemos un mapa en el Archivo General de Indias, fechado de 1608 (Discrepción y mapa del territorio que ocupan los indios pijaos, MP-Panama, 26), en el que puede leerse “La culata despoblada”, junto a la imagen de un poblado de tamaño considerable. Por su ubicación, es fácil pensar que La Culata era el sitio de descanso y aprovisionamiento antes de pasar el páramo. Junto a La Culata despoblada, aparecen en el mapa los pasos o puentes del camino que asciende hacia Las Papas, lo que expresa la importancia y centralidad de este camino entre Quito y Santafé. Se desconocen las razones y la fecha exacta en que fue despoblada La Culata, y por qué no fue reconstruida en el mismo sitio o trasladada con el mismo nombre hacia otro lugar.

Lo cierto es que un camino tan largo, como el de Las Papas, necesitaba tener un sitio de llegada antes y después de subir por los escarpados páramos. La siguiente

⁸ Refundada como parte de una empresa que buscaba establecer una ruta comercial y de correos entre Timaná y Almaguer, en el siglo XVIII.

noticia que tenemos de un pueblo en la zona se encuentra en un mapa de 1752, conservado en el Archivo General de la Nación (Archivo General de la Nación, 1752), que menciona los “Llanos de San Agustín donde fue antes el pueblo y ahora de nuevo se quiere fundar”. Tanto por el nombre como por la ubicación que aporta este mapa, ha de asumirse que entre La Culata y la fundación proyectada para 1752 existió otro intento de fundación luego de 1608, que debió llamarse San Agustín. Al respecto, dice Jenaro Díaz Jordán (1959):

De la primera erección solo sabemos que debió suceder a finales del siglo XVII y que sus fundadores fueron los Religiosos de la Orden de San Agustín, entonces misioneros en la región ignoramos qué origen tuviera los primeros habitantes de San Agustín, pero sospechamos que serían Andaquíes; esa comarca había sido de ellos en tiempos de la conquista, y sus guaridas, después de la campaña del Capitán Bartolomé Ruiz no distaban mucho de aquel sitio. La duración del pueblo fue muy corta, pues los mismos Andaquíes no catequizados, que irrumpían con frecuencia por aquellos lugares, los destruyeron totalmente. (p. 171)

Un elemento importante de la cita de Jenaro Díaz Jordán es la noticia de que los agustinos misionaron en esta región del sur del Huila, por lo que la fundación de San Agustín no fue una fundación aislada, sino parte de una empresa más grande que comprendía la evangelización de un territorio. De igual forma, Díaz Jordán (1959) dice que esta fundación debió haber durado poco. Pero, de la cita de Díaz Jordán, debe objetarse que, aunque es la primera fundación con el nombre de San Agustín, no fue la primera que se hizo en la zona, si tenemos en cuenta La Culata. También se debe objetar la procedencia de sus habitantes, que no eran andaquíes, pues de acuerdo con el mapa de 1608, el territorio de los andaquíes está ubicado en lo que hoy es el departamento de Caquetá (Discrepción y mapa del territorio que ocupan los indios pijaos, MP-Panama, 26).

Para ahondar en la segunda fundación de un pueblo en el camino hacia Las Papas, es importante entender que, hecha en un momento en el que los españoles llevaban poco tiempo en América, la fundación de San Agustín no se realizó desde Cartagena o Santafé, como pudiera pensarse, sino desde Quito. Es decir, fue un punto de avanzada, al norte, de las misiones agustinas dirigidas desde allí, pues los agustinos, aunque tenían presencia en Cartagena, habían llegado con el objetivo de establecerse inicialmente en Perú, para luego esparcirse por todo el continente. Solo hasta 1573, cuando llegaron los primeros agustinos a Quito, procedentes de Perú (Peñaherrera de Costales, 2003), iniciaron desde ahí una serie de incursiones a las poblaciones que se encontraban dentro de la jurisdicción de la

Real Audiencia de aquella ciudad. Esta jurisdicción comprendía, entre otros territorios, los hoy departamentos de Valle del Cauca, Cauca, Nariño, Putumayo y sur del Huila.

Esta avanzada hacia el norte de las misiones dirigidas desde Quito siguió, como es lógico pensar, el camino que iba desde Pasto hasta Santafé. Por este motivo, subiendo por el único camino que existía, atravesaron Las Papas y entraron en contacto con los indígenas que estaban asentados en la cordillera llamada en ese entonces “Guanacas”. La parte que comprendía la cordillera central, con este nombre⁹, según fray Juan de Santa Gertrudis (1970), iba desde lo que hoy en día es Tierradentro hasta Caquetá. Ahora bien, teniendo presente la cordillera central, mientras los jesuitas se establecieron en el norte, en la ruta La Plata-Popayán, los agustinos misionaron al sur de la cordillera central, entre 1575 y 1630, donde establecieron algunas fundaciones como San Basilio de Guanacas y San Agustín de Paeces, en el corregimiento de Pasto (Peñaherrera de Costales, 2003).

San Agustín de Paeces debió haber sido la primera fundación del pueblo actual de San Agustín en Huila. Los argumentos para identificar esta fundación agustina con la segunda del pueblo en cuestión —además de que en ninguna parte se habla de ellos, a no ser en los documentos de la misma orden— se encuentra en los datos que se tienen de la presencia de paeces en el territorio de Las Papas, para esta fecha. Así aparece, por ejemplo, en *El marañón y el Amazonas*, publicado en 1684.

Siendo ya provincia separada del Perú, la del Nuevo Reino, y Quito, y desde el año de seiscientos, y diez, y seis, con el trajín forzoso, que hubo de la una a la otra ciudad, habían reconocido los sujetos, que de Quito pasaban a Santafé, y aún el primer Vice Provincial, Padre Gonçalo de Lyra, las varias Naciones, que se decían haber en los montes, que divisaban; vieron, con más lastima, y cercanía, que otras, la Nación de Páez, que está en la mitad de aquel dilatado viaje de trecientas leguas, en la jurisdicción del gobierno de Popayán, y trataron de enviar desde Santafé dos padres, que procurasen la reducción de aquellos gentiles. Su habitación, es la cumbre, y en laderas, y vertientes de la cordillera de Guanacas, tierra muy fría, que llaman el Páramo de Las Papas, por el cual era entonces el camino, cogiendo desde el pueblo de la Cruz, sin llegar a Popayán, sino a otro lugar llamado Timaná.¹⁰ (Rodríguez, 1684, p. 73)

⁹ Con el tiempo, el nombre de Guanacas quedó asociado únicamente con un pequeño territorio al norte de aquella zona original, identificada con el Páramo y con la reducción hecha por los jesuitas en el camino de La Plata a Popayán.

¹⁰ La adaptación de la ortografía es nuestra.

De la anterior cita, tenemos que algunos paeces vivían en el territorio cercano al Páramo de Las Papas (Romoli, 1962), en medio de la zona del camino a Quito, que partía de La Cruz, hoy parte de Nariño, y llegaba a Timaná, en el actual departamento de Huila. Una posible razón de esta presencia, fuera de su ubicación tradicional, pudo ser un traslado (práctica común entre los conquistadores) o el desplazamiento a causa del exterminio de las guerras de años anteriores.

La filiación a la nación páez de los pobladores de San Agustín, sin embargo, podría explicar mejor por qué esta fundación no duró mucho tiempo. Es bien sabido que los paeces no estaban acostumbrados a vivir en pueblos (Rodríguez, 1684), por lo que la idea de “reducción” de los religiosos no era fácilmente aplicable a ellos, a pesar de que este método de evangelización era ya novedoso para ese tiempo (Peñaherrera de Costales, 2003). Otro elemento por considerar en la efímera duración del pueblo de San Agustín es la proximidad de las minas de Almaguer (Romoli, 1962). Como lo denuncia fray Francisco de Romero, misionero agustino de la Provincia de Perú que pasó por aquellas tierras de la Gobernación de Popayán a finales del siglo XVII, los paeces huían del fuerte trabajo de las minas y abandonaban cualquier intento de reducción.

Retiro de los indios páez a los montes, después de admitida la fe

En este mismo Obispado y gobierno hay diversas naciones de indios Páez, que es el principal caudal de muchos vecinos de Popayán. Esta, creo, Señor, no es otra la causa de esta ruina espiritual y temporal sino haberse dejado de hacer cada año las conducciones a dichas minas; con que se evitaba que en unos mismos cayese el trabajo indecible de ellas; pero como ven los dichos indios hechos pedazos este tan antiguo orden de V. M., juzgan ya sin remedio su mayor daño, y así hacen fuga a los infieles, apeteciendo más vivir entre ellos, que entre sus domésticos. Otro gravísimo daño reconocí en el orden que hoy tienen las conducciones, el cual por poco conocido se les hace más difícil el remedio. No es otro, que el que más sienten los indios, que es ver la poca demora que tienen en sus pueblos, después que han cumplido su trabajo en las minas, por la brevedad con que corre el círculo por la fatiga de ellos. (Romero, 1955, p. 78)

Por lo anterior, es posible pensar que por la especie de esclavitud a la que eran sometidos los indígenas en las minas y la falta de rotación de gente en el oficio, parte de la población mermó y la otra huyó. Así, resulta necesario considerar el impacto de las minas de Almaguer en la disminución de la población indígena del Páramo de Las Papas y sus alrededores.

Vale la pena aclarar que la hipótesis presentada aquí contradice a los que han datado la fundación de San Agustín en 1601 con base en el mapa de “San Agustín y Baberiquena” (Mapoteca 4 R. 561-A), que apareció —tal vez por error— referenciado en la *Cartografía histórica del Alto Magdalena: Honda, Girardot y Neiva*, del Banco de la República (1999). Al examinar el mapa en detalle, cotejándolo con otros dos del grupo (Mapoteca 4 R. 559-A; Mapoteca 4 R. 560-A), no corresponde al sur de Huila, sino al hoy estado de Mérida, en Venezuela. Entre las publicaciones que sostienen este error histórico, se encuentra *El Huila milenario. Paisajes, pueblos y culturas en el sur del Alto Magdalena*, publicado en el 2018, además de quienes colocan todo un escenario que, como aquí se ha demostrado, no existió.

En La Culata había una iglesia muy vieja de bahareque, barro y paja, sin ornamento. En este lugar se fundó un poblado el 22 de septiembre de 1601, según consta en el acta de fundación elaborada por Luis Martín, comisionado por Pedro de Sande, juez nombrado por la Real Audiencia para poblar los naturales de esta ciudad del Espíritu Santo, quien elaboró el trazado de calles, plaza y solares (Plano de San Agustín y Baberiquena, *Cartografía histórica, Velandia*, 1999, p. 6). El sitio parece corresponder a las ruinas de Tapias, en la margen oriental del río Mulales, centro poblado de Pradera, al oeste del actual Parque Arqueológico de San Agustín (Friede, 1953, p. 81, figuras 2 y 78). (Rodríguez, 2018, p. 159)

Del análisis del mapa se desprende también, en cuanto a los nombres y la caligrafía del mismo, que, por su extensión y grandeza, el pueblo que se muestra allí no debió haber pasado desapercibido para los cronistas ni para los cartógrafos. Sin embargo, no aparece mencionado por lado alguno, por lo que se puede deducir que el segundo pueblo, llamado San Agustín, debió haber sido mucho más parecido a los que levantaban los agustinos en sus fundaciones. Estos, según Alfredo Costales y Piedad Peñaherrera de Costales, más que pueblos, eran “conventillos-doctrinas”, ya que “el misionero agustino no construía convento formal, sino iglesia, y moraba como cualquier miembro de la comunidad, en un bohío asignado por la autoridad indígena” (Peñaherrera de Costales, 2003, p. 112).

Esta fundación, San Agustín de Paeces, tanto por las dificultades de reducir a los indígenas, como por el silencio de las fuentes posteriores sobre ella¹¹, no debió

¹¹ Fray Francisco Romero pasó por allí en 1689, procedente de Quito, y no menciona ningún pueblo con el nombre de San Agustín. Igualmente, fray Juan de Santa Gertrudis, en el siglo XVIII, desconoce la primera fundación de dicho pueblo.

haber durado más allá del siglo XVII. Frente a la adversidad, los agustinos, con el tiempo, lograron abrirse paso en otras ciudades más importantes y, como pasa en toda institución, fueron reorganizado y priorizado sus miembros y sus recursos. Para la segunda mitad del siglo XVII, la provincia agustiniana de San Miguel de Quito había crecido en extensión y en número de religiosos, y se habían fundado conventos en Santiago de Cali y Popayán. Pero mientras se fundaban estos conventos, algunas misiones como San Basilio de Guanacas iban desapareciendo.

Esta nueva organización en la provincia, de la mano de un desplazamiento geográfico de las rutas comerciales y de los centros económicos del Reino, pudo llevar a que se juzgara innecesaria su permanencia y se emplease a los misioneros en empresas más rentables. Algo parecido sucedió con los jesuitas, quienes salieron de su misión con los paeces en Tierradentro para irse a la del río Marañón. Aunque San Agustín de Paeces sigue siendo mencionado hasta 1681 (Peñaherrera de Costales, 2003), es posible que no hubiera durado más allá de unos cuantos años más.

Disminución del comercio y el tráfico

Para el siglo XVIII, con la importancia ganada por la ciudad de Popayán, la mayoría del comercio y del tránsito de viajeros con rumbo a Perú se hacía por Guanacas, con un tráfico ya casi nulo por el camino por Las Papas (De Alsedo y Herrera, 1915). Aun así, el Camino de Las Papas aparece indicado en un mapa de 1752, cuya finalidad parece ser la de marcar las rutas y los tiempos del correo. A juzgar por la representación de los caminos, la cuidadosa mención de los tiempos de viaje entre pueblos y la referencia a los chasquis (Archivo General de la Nación, 1752), este mapa se enmarca dentro de la preocupación por la puesta en marcha, de nuevo, de los correos, luego del restablecimiento del Virreinato del Nuevo Reino, en 1739.

Y con mayor exactitud después del restablecimiento del Virreinato del Nuevo Reino, en que también se han puesto corrientes los correos mensuales, que llaman Chasquis, de Quito con Santa Fe, y por esta vereda, la correspondencia con el del Perú, siendo aquí la caja que dimitía las distancias, donde, si alguno de los dos se adelanta, espera al otro, y luego que llega, cambian las valijas y vuelven a coger el camino que cada uno ha llevado, repasando los mismos pueblos, que tienen la obligación de darles puntualmente los bagajes que necesitan, pagando cada uno de a medio real por legua. (De Alcedo, 1788, p. 13)

Si nos atenemos a la descripción del mapa de 1752, existió, o por lo menos se pensó rehabilitar, la ruta Timaná-Almaguer como una ruta de correspondencia.

Por ello, la mención a San Agustín como pueblo por fundar, y tal vez la intención de su fundación, correspondió a una visión mucho más amplia: la de revivir el tráfico general por aquella vía.

Según el mapa, el tiempo de un correo entre Timaná y Almaguer era de cinco días. “De Timaná a San Agustín ai dos días de Chasqui [...] De aquí a Almaguer ai a tres días de un chasqui” (Archivo General de la Nación, 1752), un recorrido de una rapidez impresionante para la época. Tal vez por esta razón, en 1752 se habla del mantenimiento o apertura del camino, según lo afirma Carlos Ramón Repizo Cabrera (1977), de acuerdo con el dato encontrado por Miguel Ángel Cabrera en los archivos de Timaná.

En investigaciones, mediante consultas de archivos en cabildos, notarías y juzgados de pueblos del Huila, logró encontrar el historiador Miguel A. Cabrera este dato importantísimo: en 1752 se abrió el camino que, partiendo de la villa de Timaná, tenía su término en la ciudad de Almaguer y pasaba por Calamo y La Chapa, situada esta a tres leguas de distancia de San Agustín y se le hizo transitable para hombres y animales. (p. 2)

Conocido que el camino por Las Papas es anterior a 1752, el dato encontrado por Miguel A. Cabrera ha de referirse más al mantenimiento y ampliación del camino que a la hechura de uno nuevo.

Sin embargo, las mejoras a esta vía debieron durar poco, a juzgar por los datos aportados, seis años después, por fray Juan de Santa Gertrudis (1970). De acuerdo con esta fuente, el camino por Las Papas parece estar de nuevo abandonado, aunque en uso por unos pocos vecinos de las ciudades de Almaguer y Timaná. Con todo, la obra de este religioso franciscano, *Maravillas de la naturaleza*, es tal vez la referencia más importante que se tiene sobre el Camino de Las Papas en el siglo XVIII, además del mapa de 1752. Fray Juan, que llegó a Almaguer 1758, emprendió su viaje a la ciudad de Santafé por esta ruta. En su diálogo con el sacristán de Almaguer, fray Juan, informa sobre la existencia de un camino por la cordillera distinto al que en 1742 había transitado desde La Plata hacia Popayán (De Santa Gertrudis, 1970). Según el sacristán, este camino de Almaguer hasta Timaná conoció su auge al inicio del periodo de la monarquía española y, por lo mismo, aquel coincidió con el esplendor de la ciudad de Almaguer.

Hubo, pues, me dijo, antiguamente un camino que todavía a trechos se conoce desde Almaguer para salir derechamente a Timaná y es camino sólo de nueve días. Por no haber de ir a rodear por la ciudad de San Sebastián de la Plata y Popayán para venir a Almaguer. Este camino al principio de la conquista estaba

muy corriente y frecuentado, porque entonces Almaguer fue ciudad muy rica por los muchos minerales de oro que tiene y muchísimo comercio que entonces tenía. Fue con el tiempo decaeciendo la ciudad en uno y otro, y cesando el comercio, cesó el trajín de la gente, y se perdió el camino. Pero siempre los timanecos han conservado venir a Almaguer a pie, por apersearse de sal, azúcares y dulces, y conservan algún comercio, trayendo acá manguillos y botas, hecho a punto de media, ceñidores y cintas, adornos que usan los indios e indias, fabricados de lana o algodón. (De Santa Gertrudis, 1970, p. 276)

Las palabras del sacristán confirman lo que ya se ha dicho sobre el auge del camino, que dependió del comercio, gracias a los minerales que se extraían en Almaguer, así como de una abundante mano de obra. Con la finalización de la explotación minera, la importancia comercial de Almaguer también llegó a su fin y, por lo tanto, disminuyó el flujo de gente por el Camino de Las Papas. El comercio quedó pequeño y local.

Ahora bien, ¿en qué consistía este comercio? Dentro de los elementos mencionados por fray Juan, se destaca el principal producto de Timaná: los tejidos. Fuera de lana, iraca o paja, Timaná proveía todo un mercado que abarcaba pueblos a varios kilómetros a la redonda. Además de los tejidos de lana y algodón, mencionados por el sacristán de Almaguer, se encontraban también los sombreros de iraca o jipijapa y las chompas hechas de paja, que servían para guarnecerse del frío y de la lluvia (De Santa Gertrudis, 1970). Esta especie de “capote de paja” era un elemento indispensable para el viaje a través de los páramos (Gutiérrez de Alba, 1873).

Es de presuponer que tanto Almaguer como Timaná se comportaban como centros regionales de comercio, donde se agruparon las mercancías de los lugares vecinos para la compra de los foráneos y donde estos adquirían sus mercancías para su distribución en las tierras aledañas. Así, a Timaná no solo llegaban los habitantes de los pueblos cercanos, sino también las personas que venían de Almaguer y Pasto (Gutiérrez de Alba, 2012), y viceversa, lo cual creó una red que se extendía más allá del camino como tal. Con los productos de mercado venía también un intercambio de mano de obra, noticias e información de los lugares de origen de los caminantes. José María Gutiérrez de Alba (2012), quien estuvo en Timaná el 5 de enero de 1873, comenta lo siguiente de un grupo de indios almaguerenses y pastusos que se encontró en un día de mercado.

Recorriendo estos grupos, encontramos uno muy singular de indios almaguerenses y pastusos, cuyo extraño y pintoresco traje llamó mi atención en gran manera. Su tipo es el de nuestros gitanos andaluces. Llevan los hombres un

ancho y corto pantalón de lienzo, parecido al de los valencianos, una ruana de un tejido de lana grosero y de color azul oscuro, y una especie de montera algo semejante a las que usan los gallegos, con un forro de bastante abrigo para pasar los fríos páramos que rodean sus habitaciones. Las mujeres, suelen llevar ruana y alguna vez sombrero.

Por estos indios nos informamos de la mayor o menor facilidad que encontraríamos para visitar las tribus indígenas, que viven aún en estado salvaje, a algunas leguas de Almaguer y de Pasto, y nos contestaron que ninguno de ellos se atrevería a entrar con nosotros a aquellas tierras, por ser indios antropófagos, o como ellos decían en mal español, ‘porque son malos y comen gente’. (s. p.)

El comercio habitual que se daba por este camino servía no solo para el abastecimiento, sino también para la interacción y la comunicación de noticias sobre otros territorios. En efecto, para los siglos XVIII y XIX, no solo los almaguereños, timanecos o pastusos usaban el camino, sino también los yanaconas y los andaquíes. Estos últimos, que siempre se mantuvieron reacios a tener cualquier relación con los españoles primero, y con los criollos después, aprovechaban el comercio y estrechaban las relaciones familiares con el uso del camino. En su relato, fray Juan, luego de haber sido abandonado por los indios con los que había salido de Almaguer, se encontró con un grupo de andaquíes, con los que prosiguió su camino hasta Timaná (De Santa Gertrudis, 1970). Por el relato de fray Juan (1970), se sabe que existía una relación entre los habitantes de Andaquí, hoy Acevedo, en Huila, y los indios de Almaguer, los habitantes de La Cruz y de San Agustín.

Los andaquíes también participaban del comercio que transitaba por este camino; ofrecían “cera blanca y negra, veneno, bodoqueras, peines, hamacas de palmicha, piedras curbinatas, mates de guasca, flores de canela, y las resinas de aquellos bosques: caraña, copal, gálbano y otras drogas” (Díaz Jordán, 1959, p. 169). A pesar de su irreductibilidad, resulta pues interesante la comunicación tan amplia que mantenían para el siglo XVIII los andaquíes con los habitantes de alrededor del macizo. Según el relato de fray Juan, los vemos también estableciendo contacto y haciendo presencia en las regiones selváticas de Caquetá y en lugares tan distantes como La Cruz, en el actual departamento de Nariño, conectando así zonas geográficamente distintas como la selva, el páramo y la región Andina.

La segunda fundación de San Agustín: entre los intentos de reactivación comercial y los movimientos telúricos

Continuando con el relato de fray Juan de Santa Gertrudis, cuando este pasó por los llanos de San Agustín, a principios de 1758, ya existían cinco casas de indios y una iglesia (De Santa Gertrudis, 1970), lo que permite pensar que existía la intención de fundar un pueblo en ese sitio, como lo muestra el mapa de 1752 (Archivo General de la Nación, 1752). A juzgar por la fecha del mapa, junto a las diligencias que los primeros pobladores hicieron al virrey don José Alfonso Pizarro (1749-1753), la segunda fundación de San Agustín debió ocurrir entre 1752 y 1753. Esta vez se suprimiría el complemento “de paeces” al nombre del pueblo, pero se mantendría el de San Agustín.

Esta segunda fundación se dio gracias a la donación de tierras del presbítero doctor Jorge Valderrama a un grupo de indios almaguereños¹² que trabajaban en su hacienda Laboyos (Díaz Jordán, 1959), tal vez con el interés de reactivar el comercio y la comunicación con la Real Audiencia de Quito, idea que venía rondando desde antes. Vale mencionar que el doctor Valderrama era un sacerdote perteneciente a la jurisdicción eclesiástica de Popayán, y, para mediados del siglo XVIII, las tierras de las antiguas misiones agustinas pertenecían a él. Pero la donación del doctor Jorge Valderrama deja a la vista otro factor importante: la movilización y el desplazamiento de la población de occidente a oriente, esta vez por causa del terremoto de 1765 (Buenahora Durán, 2003), que dejó devastada la ciudad de Almaguer.

Casi que, desde la fecha de su fundación, la región cercana a Almaguer venía siendo víctima de una fuerte actividad telúrica, como consecuencia de su cercanía a una cordillera geológicamente activa, como lo era para ese tiempo la cordillera central (Velasco, 2004), pero fue el sismo de 1765 el que destruyó por completo la ciudad y las minas (Ramírez, 1969). Así, cabe inferir que la escasez de trabajo en las minas de Almaguer y el susto generalizado por los temblores fue lo que impulsó la llegada de trabajadores a la zona aledaña a Timaná, en busca de sustento, y estos desplazaron a los antiguos habitantes de los páramos y de los llanos aledaños a San Agustín.

Como sucede en toda movilización de gente, los almaguereños también trajeron su acervo cultural a los nuevos sitios, en especial sus devociones religiosas y su

¹² Más que procedentes de una nación indígena con este nombre, eran indígenas provenientes de la región y ciudad de Almaguer.

música. Según el informe de 1756 hecho por el maestro Cristóbal de Quesada, y motivado por la negativa del párroco de Timaná a que se hubiera fundado un nuevo curato “por cuanto de otras partes acudían indígenas a la nueva fundación y no querían retornar a sus respectivas jurisdicciones” (Díaz Jordán, 1959), había en la iglesia de San Agustín una imagen de Santa Bárbara que, “nuevamente”, habían traído de la ciudad de Almaguer. Del apego de los almaguereños a sus devociones y a las imágenes religiosas de su ciudad, aún queda como testimonio una copia del cuadro de la Virgen de los Milagros de Almaguer, en el santuario del Tobo, cerca de Timaná.

El otro elemento importante en la migración de los almaguereños fue la música. A finales del siglo XVIII, don Lucas Herazo y Mendigaña se trasladó a San Agustín y, desde allí, escribió un informe al virrey sobre el pueblo. En aquel, hablando de sus habitantes, dijo: “entre ellos hay muchos que saben leer y escribir, algunos músicos de arpa y violín y otros instrumentos” (Díaz Jordán, 1959, p. 171). Esta cita recuerda los instrumentos y los músicos que vio fray Juan y que acompañaban a todas partes al doctor Valderrama, dueño de la hacienda que había abarcado estos territorios. Hablando de ello, dice Fray Juan que el doctor Valderrama “era hombre fantástico, y llevaba siempre donde quiera que iba su concierto de música de arpa, violín y vihuela con dos mozos y un muchacho cantores con sus gustosos villancicos” (De Santa Gertrudis, 1970).

Esta segunda fundación terminó encontrando más detractores que partidarios en las personas encargadas del Gobierno por el choque de intereses económicos y religiosos que traía consigo la movilización de gente al nuevo pueblo. Tras mucho tiempo de asentamiento, y pese a las desavenencias y a las negativas a que se fundara de nuevo un curato, el 20 de noviembre de 1790 (Díaz Jordán, 1959) se fundó, por tercera vez, el pueblo de San Agustín, sobre el Camino de Las Papas. La nueva fundación, durante buena parte de la segunda mitad del siglo XVIII, había acogido la llegada de muchas personas procedentes del occidente de la cordillera central, principalmente de zonas afectadas por el terremoto y los sismos, pero con la caída de las minas de Almaguer y, con ello, de las riquezas y la mano de obra que se ocupaba de la minería, se empezó a priorizar la agricultura y la pequeña cría de ganado vacuno. Así, con la creación del camino por Guanacas, la destrucción de Almaguer y sus minas, y la fundación de San Agustín —no como un pueblo de paso, sino como un asentamiento estable, que conectara a Timaná—, el camino por Las Papas vio reducido su tráfico comercial. Tráfico que ya no recuperará el esplendor que vivió en la época de los comerciantes, que pasaban desde Quito en busca de las riquezas que le habían quitado al Tunja. Este

declive comercial, no obstante, no desanimó los intentos de reactivación que vinieron después.

Conclusiones

Como se ha podido ver a lo largo de estas páginas, el camino que sube al Páramo de Las Papas estuvo en la mirada de los españoles, desde 1531, cuando empezaron a entrar al territorio en busca del nacimiento del río Magdalena. El uso del camino en los primeros años de la Conquista nos habla del alcance de los caminos indígenas y de las conexiones entre ellos, así como del uso que hicieron los españoles de estos caminos.

En este primer periodo de la historia hispánica, el Camino de Las Papas pasó de ser una vía ancestral a convertirse en ruta comercial y de comunicación para los primeros europeos, que querían conectar de manera rápida a Quito con el Nuevo Reino de Granada y establecer una comunicación sobre los sucesos y situaciones sociales como la guerra y la inestabilidad del momento en los pueblos aledaños. Basta recordar La Culata, Timaná, Neiva, San Sebastián de la Plata y Los Ángeles, entre otras fundaciones españolas¹³ que tuvieron una vida corta por las guerras entre paeces, cambis, pijaos y demás grupos con los españoles.

Muchas veces, estas confrontaciones obligaron a cambiar y a modificar las rutas entre Popayán y las provincias de Timaná y Neiva, por lo que la solución definitiva estuvo en el camino de Guanacas, cerca al nuevo emplazamiento de San Sebastián de La Plata. Esta vía, por su cercanía y reducción del tiempo de viaje, sumadas a la importancia que fue adquiriendo Popayán, desestimuló el comercio por el Páramo de Las Papas, aunque los habitantes de Almaguer, Timaná y los pueblos aledaños transitarán aún por él, como quedó registrado en la obra de fray Juan de Santa Gertrudis, que viajó por este camino y dejó para la posteridad el testimonio de su estado y uso para mediados del siglo XVIII. Especial importancia tiene también la lectura de las fundaciones de San Agustín, a la luz del Camino de Las Papas. Como sabemos, San Agustín empezó a ser conocida en el territorio, desde el siglo XIX, como un centro arqueológico importante, pero antes de ese tiempo solo fue un punto de paso y abastecimiento en el camino.

Aún queda por probar la hipótesis que identifica a San Agustín de los paeces con la segunda fundación de San Agustín, y obtener datos sobre el despoblamiento de La Culata en el siglo XVI. Queda también pendiente la continuación de esta

¹³ Algunas existen hoy con el mismo nombre, pero en lugares diferentes a su primera fundación.

historia sobre el camino del Páramo de Las Papas, que será presentado en otro artículo y que inicia con el fin del periodo hispánico en América y el uso del camino en plena guerra de Independencia. Se abordarán también el interés de los naturalistas en el siglo XIX y su historia durante el periodo de la República, cuando se le cambia el nombre a Camino Nacional de Las Papas o Páramo del Letrero.

Referencias

- Bravo Santillán, J. y Grosser, J. (2007). *Las misiones de Mainas de la antigua provincia de Quito de la Compañía de Jesús: a través de las cartas de los misioneros alemanes que en ellas se consagraron a su civilización y evangelización 1685-1757*. Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit.
- Buenahora Durán, G. (2003). *Historia de la ciudad colonial de Almaguer y sus pueblos de indios: siglos XVI-XVIII*. Editorial Universidad del Cauca.
- Colombia, Archivo General de la Nación. (1752). *Ríos Magdalena y Suaza*. Sección: Mapas y Planos, Mapoteca N.º 4, Ref. 397-A. Archivo Nacional de la Nación.
<http://consulta.archivogeneral.gov.co/ConsultaWeb/imagenes.jsp?id=3252846&idNodoImagen=3254302&total=1&ini=1&fin=1>
- De Aguado, P. (1906). *Recopilación historial* (vol. 5). Imprenta Nacional.
<https://doi.org/10.5479/sil.264354.39088004537981>
- De Alcedo, A. (1788). *Diccionario geográfico de las Indias Occidentales o América* (t. 3). Imprenta de Blas Román.
- De Alsedo y Herrera, D. (1915). *Descripción geográfica de la Real Audiencia de Quito*. Hispanic Society of America.
- De Castellanos, J. (1847). *Elegías de varones ilustres*. Imprenta de la Publicidad.
- De Santa Gertrudis, F. J. (1970). *Maravillas de la naturaleza*. Editorial Kelly.
- Del Rey Fajardo, J. (1974). *Documentos jesuíticos relativos a la historia de la Compañía de Jesús en Venezuela*. Academia Nacional de la Historia.
- Díaz Jordán, J. (1959). *Proceso histórico de pueblos y parroquias de la Diócesis de Garzón*. Imprenta Departamental del Huila.
- Fernández de Piedrahita, L. (1688). *Historia general de las conquistas del Nuevo Reyno de Granada*. Juan Bautista Verdussen.
- Gobierno de España, Ministerio de Cultura y Deporte. (1608). *Discrepción y mapa del territorio que ocupan los indios pijaos*. Pares: Portal de Archivos Españoles. Gobierno de España.
<http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/description/22057?nm>
- Gutiérrez de Alba, J. M. (1873). *Impresiones de un viaje a América*. Biblioteca Luis Angel Arango.
- Gutiérrez de Alba, J. M. (2012). *Impresiones de un viaje a América. Diario ilustrado de viajes por Colombia, 1817-1873*. Villegas Editores.
- Mapoteca 4, R. 559-A. (s. f.). *Ciudad del Espíritu Santo del Valle de La Grita*. (AGN, Intérprete).
- Mapoteca 4, R. 560-A. (s. f.). *Ciudad del Valle de Duraza*. (AGN, Intérprete).

- Mapoteca 4, R. 561-A. (s. f.). *Valle de San Agustín y Baberiquena*. (AGN, Intérprete).
- Pacheco, J. M. (1959). *Los jesuitas en Colombia. Tomo I: (1567-1654)*. Editorial San Juan Eudes.
- Peñaherrera de Costales, P. y Costales Samaniego, A. (2003). *Los agustinos pedagogos y misioneros del pueblo (1573-1869)*. Editorial Abya Yala.
- Ramírez, J. E. (1969). *Historia de los terremotos en Colombia*. Instituto Geográfico Agustín Codazzi, Oficina de Estudios Geográficos.
- Repizo Cabrera, C. R. (1977). El Camino Nacional de Las Papas o Páramo del Letrero. *Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia*, 31(111), 1-10.
https://www.sogeocol.edu.co/documentos/el_cam_de_las_pap.pdf
- Restrepo, V. (1888). *Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia*. Imprenta de Silvestre y Compañía.
- Rodríguez Freyle, J. (1979). *El Carnero*. Fundación Biblioteca Ayacucho.
- Rodríguez, J. V. (2018). *El Huila milenario. Paisajes, pueblos y culturas en el sur del Alto Magdalena*. Universidad Nacional de Colombia.
- Rodríguez, M. (1684). *El Marañón y el Amazonas: historia de los descubrimientos, entradas, y reducción de naciones, trabajos malogrados de algunos conquistadores, y dichosos de otros, así temporales como espirituales, en las dilatadas montañas y mayores ríos de la América*. Editorial de Gonçalez de Reyes.
- Romero, F. F. (1955). *Llanto sagrado de la América meridional*. Editorial ABC.
- Romoli, K. (1962). El suroeste del Cauca y sus indios al tiempo de la Conquista española según documentos contemporáneos del distrito de Almaguer. *Revista Colombiana de Antropología*, 11, 241-297. <https://doi.org/10.22380/2539472X.1682>
- Simón, F. P. (1892). *Noticias históricas de las conquistas de tierra firme en las Indias Occidentales*. Casa Editorial de Medardo Rivas.
- Tovar Pinzón, H. (1993). *Relaciones y visitas a los Andes. S. XVI*. Colcultura.
- Velandia Rodríguez, R. (1999). *Cartografía histórica del Alto Magdalena: Honda, Girardot y Neiva*. Banco de la República.
- Velasco, J. (1941). *Historia moderna del Reyno de Quito y crónica de la provincia de la Compañía de Jesús del mismo Reyno*. Imprenta Caja de Seguro.
- Velasco Mosquera, J. (2004). *Consideraciones sobre la arquitectura en Popayán*. Editorial Universidad del Cauca.